

ECONOMÍA LIBRE Y SEGURIDAD NACIONAL EN CHILE: UNA VISIÓN HISTÓRICA *

Arturo Fontaine T.

I. Introducción

Este artículo es una interpretación de la evidencia que ha sido puesta de manifiesto por diversos historiadores a los cuales, en casos señalados, el texto refiere. Creo que la hipótesis que aquí se plantea, tentativamente es compatible con la información de que dispongo. Por oposición al período que le antecede y al que le sucede, considero a la etapa que va aproximadamente entre 1810 y 1929 como predominantemente de “economía libre o de mercado”. Sugiero que hay una correlación entre el potencial militar que Chile exhibe durante el siglo XIX, y el sistema económico-político de la época y que, conjeturo, hizo posible dicho potencial.

II. Una empresa privada de Valdivia

Chile empieza como una empresa privada de Valdivia y sus socios, el capitán Monroy y el comerciante Martínez. El financiamiento de la

Dedico este ensayo a la memoria de mi profesor de Historia, don Patricio Estellé M.

ARTURO FONTAINE T. Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile. Director Revista *Estudios Públicos*.

* Agradezco los valiosos comentarios de Felipe Larraín, Juan Andrés Fontaine y Juan Pablo Illanes.

expedición vino de sus bolsillos. El conquistador, “maestre de campo general, del Marqués Pizarro, de buena memoria”—como se presenta al rey en una de sus cartas— tenía muchas riquezas en el Perú. Los hombres que se les unieron se incorporaron a esta aventura en la esperanza de obtener indios y llegar a ser encomenderos. Los indios encomendados estaban forzados a pagarle un tributo a su señor. La formalización jurídica del sistema suponía la venia de la Corona, cuyos títulos se remitían a una Bula Pontificia. La Corona de Castilla no arriesgaba fondos fiscales en la empresa de la conquista. Sólo legitimaba los dominios ya conseguidos y recaudaba los impuestos del caso. Obligación de los encomenderos era concurrir con sus armas y provisiones a defender los dominios de Castilla. En la práctica, los indios encomendados pasaban a ser algo así como siervos. De este modo, los españoles obtenían aquí el señorío y los vasallos perdidos o nunca logrados en las tierras peninsulares. La conquista de Chile fue obra de estas milicias privadas.

La situación cambia hacia fines del siglo XVI. Los mapuches han incorporado el caballo, las puntas de metal y las armas de fuego a sus técnicas de lucha. Una nueva sublevación general convence a los encomenderos de que es necesario establecer un ejército regular en la frontera. Se envían embajadores a la corte del rey de Castilla y la Corona accede. Esto tiene lugar mientras es gobernador don Alonso de Ribera. La razón que tiene la Corona para hacer esta excepción es el valor estratégico de Chile, situado a los pies del rico virreinato del Perú y punto de unión de los dos océanos. De hecho, posteriormente los holandeses trabarán contacto con los mapuches y explorarán la posibilidad de hacerlos sus aliados contra Castilla.

Mirado desde el punto de vista de los encomenderos, quizás esto ejemplifique el que la defensa es lo que hoy llamaríamos un “bien público”, es decir, uno cuya provisión es indivisible y, por tanto, no susceptible de apropiación individual. Los encomenderos cercanos a la frontera, al defender sus tierras y posesiones, inevitablemente defendían a los demás encomenderos situados más al norte. Estos podían así obtener gratis un bien —protección— por el cual no daban nada. Y aunque la ley dijese lo que dijese se hacía cada vez más difícil, entonces, interesarlos en reunir fondos, enrolarse y partir a pelear al sur. Más conveniente era, por tanto, obtener que fondos fiscales mantuvieran un ejército regular apostado en la frontera. Sólo que Chile no se sentía capaz de financiarlo.

Si la hipótesis anterior es correcta, ¿por qué no ocurrió esto antes? Tal vez porque lo que ofrecía compensación individual era la guerra ofensiva y a condición de que hubiera indios y tierras susceptibles de ser sometida

dos. El español no quería matar indios, sino conseguir encomendados. El español se negaba a trabajar con sus manos. Los hijos de españoles nacidos en Chile se espantarían a veces llegando a la península al comprobar que había blancos que trabajaban la tierra¹. Pero el clima y la geografía de la región de los araucanos, así como su espíritu libertario e individualista, dificultaban enormemente la tarea de sometimiento.

El ejército regular de 2.000 hombres no corrió la frontera, sino que se limitó a proteger la línea que habían podido defender los encomenderos. Los fondos venían del virreinato de Lima. Chile pasaba a ser una posición militar defendida y financiada desde el Perú. Chile, lejos de significar una entrada para la Corona, pasaba a ser una fuente de gastos que se justificaban sólo en virtud de su valor estratégico para el Imperio. Esto lleva a pensar que la empresa de Valdivia se empañó a fines del siglo XVI, ya que el reino que conquistó resultó incapaz de generar los recursos necesarios para defenderse. Por ello los historiadores Sergio Villalobos y Patricio Estellé, han afirmado que “La Corona no sacó un peso del país... Chile era un pésimo negocio para el rey”². Este estado de cosas se mantuvo por doscientos años.

III. Razones de seguridad nacional

Cuando el virrey del Perú decidió moverse para aplastar la Primera Junta de Gobierno, Chile debió encarar su verdadera situación. Se requería organizar un ejército y financiarlo desde Chile. Y lo que parecía imposible, se logró. Chile mantuvo el Ejército de los Andes y el Ejército de Chile; y fue incluso capaz de financiar íntegramente la expedición libertadora del Perú —eje del poder español en Sudamérica— y de destruir la flota del Imperio en el Pacífico. Ello supuso crear la primera Escuadra Nacional. Estas campañas bélicas no se habrían llevado a cabo si la Primera Junta de Gobierno no hubiera decretado la libertad de comercio.

Fue característica del Imperio Español la doctrina económica mercantilista y rigió —aunque en forma sumamente debilitada en las últimas décadas— hasta el fin de la dominación en América. El razonamiento del mercantilismo supone, en el fondo, que en el comercio exterior los países

¹ Ver Jara, Alvaro; *Guerre et Société au Chili*, trad. de J. Lafaye, Paris: Institut des Hautes Etudes De L’Amérique Latine, 1961.

² Villalobos, Sergio; Estellé, Patricio y otros; *Historia de Chile*, Vol. 2, Santiago: Editorial Universitaria, cuarta edición, 1981; pp. 177-178.

se enriquecen unos a costa de otros. El objetivo de la política mercantilista es maximizar las ventas y minimizar las compras. Por lo tanto, el éxito de dicha política económica se mide por la cantidad de dinero (oro y plata en la época) que los países logran almacenar como resultado de su comercio exterior. De allí los monopolios, aranceles y otras restricciones a la libertad de comercio.

Esta concepción fue demolida intelectualmente por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones*, publicada en 1776. En verdad, lo que hace rica a una nación no es la posesión del dinero, sino de los bienes que son necesarios para los fines de sus habitantes. El dinero sólo vale en cuanto puede transarse a cambio de bienes tales como carne, algodón, papel, etc. Un país es rico por el bienestar de sus habitantes; no en virtud de la cantidad de oro que acumule en las bóvedas de los bancos. Smith sostuvo que el mercantilismo era autodestructivo y más aún, que “las colonias de España y Portugal” —en las que predominaban esas políticas— “ayudan más a la industria de otros países que a la de España y Portugal”³.

Como doctrina, el mercantilismo tenía que terminar minando las políticas económicas mercantilistas de la Corona, puesto que un criollo interesado por el bienestar de su país, y educado en esa doctrina, tenía que concluir que no le convenía una política mercantilista concebida para beneficiar a la metrópoli. En rigor, dado los supuestos de la teoría una política mercantilista en favor de Chile se oponía a una en favor de España. Por este motivo, la doctrina mercantilista debe haber sido un factor disgregador del Imperio.

En Chile es quizás don Anselmo de la Cruz, Secretario del Consulado, quien hace la defensa más completa de la libertad de comercio en su Memoria del 12 de enero de 1809. No es, argumenta Cruz, que el extranjero llene “sus arcas de oro y plata con sed hidrópica, porque si toma estos preciosos materiales no es para enjaularlos como pájaros y recrear la vista con su brillo, sino para permutarlos por efectos a otras naciones”...⁴.

Por su parte, Bernardo O’Higgins cuenta en su carta del 5 de enero de 1811 dirigida a Juan Mackenna cómo influyó él en Juan Martínez de Rozas en pro de la libertad de comercio: “Poco antes de irse a Santiago para hacerse cargo de su puesto en la Junta, —cuenta O’Higgins— tuve con él una conversación larga y confidencial acerca de las medidas que era necesario adoptar para el éxito de la revolución y el bienestar del país. En

³ Smith, Adam; *The Wealth of Nations*, Chicago: The University of Chicago Press, 1976, pág. 142.

⁴ Cruz, Anselmo de la; “Memoria sobre la verdadera balanza de comercio”, *Revista Estudios Públicos* N° 7, Santiago; Centro de Estudios Públicos, 1982.

esa ocasión, insistí fuertemente en la necesidad de dos medidas encaminadas a levantar al pueblo de su letargo y a hacerlo tomar interés en la revolución: la convocatoria de un Congreso y el establecimiento de la libertad de comercio”⁵. Como se sabe, Juan Mackenna fue el autor del “plan de defensa” que fue propuesto a la Junta el 27 de noviembre de 1810 y que ésta empezó a implementar ese mismo año.

Para poder hacer frente a los gastos que el plan implicaba, la Junta rebajó las remuneraciones del sector público (que incluía a los eclesiásticos); detuvo la reconstrucción de la Catedral de Santiago; se apropió de ciertos fondos que estaban destinados a España; y estableció el 21 de febrero de 1811 que “desde la fecha de este Decreto en adelante, los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo quedan abiertos al comercio libre de las potencias extranjeras, amigas y aliadas de la España y también de las neutrales”. Este fue el fin del mercantilismo en Chile.

Más allá de las convicciones doctrinarias de algunos, lo que determina la adopción de políticas de libre comercio es la necesidad de financiar Fuerzas Armadas capaces de garantizar la autonomía de un país amenazado. Agustín de Eyzaguirre señaló que la Junta, entonces comenzando su gobierno, debía decretar el libre comercio puesto que era “el principal apoyo con que se contaba para la formación de las tropas”⁶. De la misma idea eran José Miguel Infante y Juan Egaña. La conclusión a la que llegó el historiador Sergio Villalobos, que ha investigado a fondo este asunto, es que más allá de algunos comerciantes y pensadores “quienes jugaron un papel definitivo, fueron los estadistas reunidos o representados en la Junta de Gobierno, que al enfrentar los gastos del programa gubernamental dentro del cual la defensa era apremiante, no vacilaron en imponer el libre comercio, sin atender las protestas ni tomar en cuenta a nadie”⁷.

A mi modo de ver esta tesis tiene enorme importancia por cuanto de ella se infiere que fueron razones de alta política —razones de seguridad nacional— las que movieron a los padres de la patria a abrir la economía⁸. A mi juicio, ello lejos de disminuir la importancia del liberalismo en Chile (como a ratos parece creerlo el propio Sergio Villalobos), lo acrecienta. Los impuestos de aduana y el crédito exterior —que no se habría obtenido sin economía abierta— le permiten a Chile crear sus propias Fuerzas Ar-

⁵ Citado por Villalobos, Sergio; *El comercio y la crisis colonial*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1968, pág. 251.

⁶ Villalobos, Sergio; Obra citada, pág. 251.

⁷ Villalobos, Sergio; Obra citada, pág. 262.

⁸ Villalobos, Sergio; *Los comienzos de la Historiografía económica de Chile*, Santiago: Editorial Universitaria, 1980.

mas. Sin buscarlo directamente, la Primera Junta de Gobierno puso a Chile en el camino hacia una economía que —comparada con la que prima tanto en el período colonial como en los años posteriores a la Gran Depresión— puede llamarse “abierta”. La apertura de la economía emergió espontáneamente, por la fuerza de los hechos, haciendo posible obtener y consolidar la independencia. Por primera vez en doscientos años se logra financiar un ejército con recursos chilenos.

IV. 1810-1929: la etapa liberal de Chile

Parto del supuesto de que es adecuado llamar al período que va en la historia latinoamericana aproximadamente entre 1810 y 1929 “pausa liberal” como lo ha hecho Claudio Véliz en su último libro *The Centralist Tradition in Latin America*⁹. Otro estudio reciente sobre historia económica concluye que “desde su independencia hasta la Gran Depresión de los años 30, Chile sigue políticas de comercio exterior esencialmente liberales”¹⁰. Se trata de una etapa en que rige un sistema de propiedad privada en el cual, en general, los precios de los bienes y servicios se transan en mercados libres.

Los esquemas teóricos nunca se aplican en su integridad, de tal modo que a nadie debe sorprender el que, tanto en lo político como en lo económico, haya habido muchas excepciones a los principios liberales, tal como antes los había respecto de las doctrinas mercantilistas. No cabe duda de que, así como hubo prácticas antidemocráticas, también hubo, por ejemplo, estancos y ciertos aranceles proteccionistas que no se compadecen con una economía verdaderamente libre.

Con todo, creo que existe una presunción en favor de que haya sido el cambio de un sistema predominantemente mercantilista a uno que —comparado con el anterior— puede considerarse como predominantemente capitalista lo que explique la capacidad de financiar las grandes campañas militares propias del Chile del siglo XIX.

Asegurada la independencia, Chile no sólo se las arregló para ir pagando sus deudas, dar garantías a los capitalistas y conseguir así más crédito externo. Un mercado de capitales, cuyo centro era Valparaíso y que

⁹ Véliz, Claudio; *The Centralist Tradition in Latin America*, Princeton: Princeton University, 1980.

¹⁰ Cortés, Hernán y otros; “Proteccionismo en Chile: Una visión retrospectiva”, *Cuadernos de Economía* N° 54-55, Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1981; págs. 142-167.

operaba en la práctica con intereses libres, financió la expansión minera hacia el norte. Gracias al libre comercio Chile se beneficiaría, por ejemplo, de la revolución industrial que aumentó la demanda de minerales como el cobre, y sacaría provecho de los períodos de buen precio del trigo y del salitre. La expansión de los empresarios privados hacia el norte generó a la larga conflictos con las autoridades bolivianas de la región. Chile, entonces, venció dos grandes guerras y ocupó el Perú ganando las provincias de Tarapacá y Atacama, que son hasta hoy fundamentales para la economía nacional. Fueron los empresarios quienes obedeciendo las indicaciones del mercado, invirtieron sus haberes en el norte, iniciando una tarea cuyas proyecciones están todavía lejos de determinarse. Más aún, hacia 1886 Chile logra lo que los españoles jamás consiguieron: someter la Araucanía.

¿Cómo se explica el que un país deficitario e incapaz de financiar la defensa de sus fronteras se haya transformado en el siglo XIX en una potencia militar significativa en Latinoamérica? La hipótesis más razonable es, a mi juicio, que ello fue posible en virtud de un sistema económico de corte liberal basado en la propiedad privada y la libertad para contratar y contratarse, que abrió el país al comercio exterior y le permitió obtener inversión y crédito externo; y de una autoridad central fuerte, de inspiración republicana, sometida a la ley, y capaz de hacer respetar en los hechos los derechos consagrados en el papel. Orden existía durante la dominación española y no así política económica libre. Esta última se dio en otros países latinoamericanos durante el siglo XIX y, faltando el orden y la estabilidad, no brindó los mismos efectos. De modo que es la conjunción de estos dos factores, grosso modo —economía libre y estabilidad política— lo que a mi parecer explica el poderío del Chile del siglo XIX.

“Las fronteras de la producción se expandieron enormemente después de 1840, ya que la independencia de España permitió que la demanda por exportaciones se transformara en el principal determinante del crecimiento. El trigo, el salitre, la plata, los vinos y otros encontraron mercados favorables en el exterior”, a escrito Markos Mamalakis¹¹. El decreto de 1811 fijó aranceles aduaneros en aproximadamente 28% en general y significó abrirse al comercio con naciones que no pertenecían al imperio español. Los aranceles sufren a continuación diversas modificaciones. Cuando Courcelle-Seneuil, célebre economista liberal francés, estudia la legislación aduanera vigente en 1856 y la compara con las de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos concluye que “...lejos de pedir una reforma general (creo que) la legislación de aduanas de Chile es superior a la de estos tres países,

¹¹ Mamalakis, Markos; *The Growth and Structure of the Chilean Economy*, New Haven and London: Yale University Press, 1976.

ya sea bajo el aspecto económico, ya sea bajo el aspecto de las relaciones comerciales y de la sencillez de los procedimientos. Puede por el contrario servir de modelo”¹². Este juicio vino nada menos que de un discípulo de Bastiat. Con todo, había quienes abogaban por la abolición total de los derechos aduaneros.

A este respecto vale la pena señalar que la doctrina liberal —aunque en principio aspira a que los aranceles sean cero— no se opone al establecimiento de aranceles aduaneros si ello se realiza con la finalidad de allegar recursos indispensables para el Fisco a falta de otros mecanismos más eficientes. El propio Adam Smith admite la conveniencia de mantener algunas tarifas aduaneras con este objeto. Se opone sí, al uso de estos tributos para proteger actividades productivas nacionales de la competencia extranjera. Como dijera el Superintendente de Aduanas de Chile el 1875: “el primero y más esencial objeto de los aranceles es obtener una entrada más o menos fija para satisfacer las necesidades públicas”¹³. Vale la pena subrayar que en la época no era fácil encontrar sustitutos a los aranceles por razones prácticas de control.

“Entre 1830 y 1860 la recaudación fiscal crece a una tasa promedio de 6,2% al año” ha precisado Mamalakis en su libro sobre la economía de Chile. “Este incremento fue un resultado casi exclusivo del 7,2% de crecimiento del comercio entre 1844 y 1860. Esto corresponde al período del sistema presidencialista (1833-1871), durante el cual el poder ejecutivo fuerte de Prieto (1833-1840), Bulnes (1841-1851), Montt (1851-1861), y Pérez (1861-1871) se caracteriza por llevar a cabo concertados esfuerzos destinados a abrir la economía al sistema de comercio internacional”¹⁴. Entre 1850 y 1889 la recaudación aduanera alcanzó el 29,6% del valor de las importaciones y en el período 1881-1907 llegó al 27,2% del valor de las importaciones¹⁵. Puede afirmarse que, en general, la tendencia durante el siglo XIX fue hacia la baja de los aranceles. Sin embargo, probablemente las presiones de la Sociedad de Fomento Fabril lograron alterar esta situación: en 1897 se establece un arancel aduanero basado en la “necesaria protección a la industria nacional”¹⁶. Se suceden luego varias reformas que apuntan a un mayor proteccionismo.

Otra señal importante de la penetración que alcanzaron las ideas liberales en el siglo XIX —esta vez en el campo jurídico— fue la promul-

¹² Citado por Véliz, Claudio; *Historia de la Marina Mercante de Chile*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1961, págs. 134.

¹³ Cortés, Hernán y otros; Obra citada, pág. 148.

¹⁴ Mamalakis, Markos J.; Obra citada, pág. 21.

¹⁵ Cortés, Hernán y otros; Obra citada, pág. 143.

¹⁶ Cortés, Hernán y otros; Obra citada, pág. 150.

gación del Código Civil, que afirmó la propiedad privada y el principio de la autonomía de la voluntad. En el mensaje que lleva la firma de don Manuel Montt, se dice, por ejemplo, que se han conservado la sustitución fideicomisaria reconociéndose en ella “una emanación del derecho de propiedad”. Pero —y es aquí donde aparece la función de la propiedad— “admitido en toda su extensión este principio, pugnaría con el interés social, ya embarazando la circulación de los bienes, ya amortiguando aquella solicitud en conservarlos y mejorarlos, que tiene su más poderoso estímulo en la esperanza de un goce perpetuo, sin trabas, sin responsabilidades, y con la facultad de transferirlos libremente entre vivos y por causa de muerte”. Y alejándose de una antigua tradición señala: “es una regla fundamental en este proyecto la que prohíbe dos o más usufructos o fideicomisos sucesivos; porque unos y otros embarazan la circulación y entibian el espíritu de conservación y mejora, que da vida y movimiento a la industria”. Todo ello indica que en el Código de Bello se reglamentó el derecho de propiedad privada con miras a la creación de un mercado libre, en el entendido de que éste era el mejor modo que tenía el estadista de promover el interés social o bien común.

A mi juicio, estas consideraciones debilitan la opinión, tan frecuente, según la cual la tradición liberal es ajena a la “mentalidad chilena” y, por ende, una economía libre no podría aquí funcionar con éxito¹⁷. La realidad es que —más allá de las teorías, doctrinas y tradiciones— Chile, concebido como un reino capaz de dar bienestar a sus habitantes y financiar la protección militar de su territorio, fue una gran especulación que Valdivia realizó arriesgando su capital y su vida, que perdió en la empresa cuando ya parecía haber triunfado. Pocos años después, el reino se mostraba incapaz de generar entradas suficientes para atender a los gastos de su defensa. Sin embargo, doscientos años más tarde los patriotas demostraban con los hechos que la empresa de Valdivia era más que un mero sueño. Esa tierra que el conquistador había descrito con amor, dotada de un sistema económico abierto y libre era capaz de ganarse un lugar respetable y digno entre las naciones.

V. Nuevo mercantilismo y potencial militar

Con ocasión de la Gran Depresión, Chile pierde la orientación que lo había constituido como país y se inicia un período social y políticamente

¹⁷ Ver, por ejemplo, Góngora, Mario: *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago: Ediciones La ciudad, 1981, pág. 136.

tumultuoso. Diversos partidos y grupos intentan la restauración de las ideas centralistas y neomercantilistas. Ahora no es el oro lo que es preciso proteger mediante regulaciones gubernamentales: es la industria nacional. La industrialización socialista de la Unión Soviética aparece como un camino atractivo. Se piensa que porque los países ricos *tienen* industrias, son ricos *por tener* industrias. Se cree que es la tecnología la que genera el nivel de vida de los países capitalistas y no que es el capitalismo el que genera su tecnología. Se aceptan implícitamente versiones marxistas de la revolución industrial. Se desconoce el hecho, hoy ampliamente documentado por historiadores del período, de que la capitalización que permitió ese desarrollo industrial se produjo en la actividad agrícola de un país que —como Inglaterra— tenía una economía libre¹⁸. Se cree que el movimiento sindical y las leyes sociales dictadas en Inglaterra favorecen a los más pobres, en circunstancias de que constituyen una defensa de ciertos trabajadores en contra de otros trabajadores más pobres que ellos: por ejemplo, los irlandeses que habían dejado su país para ir a trabajar a la Inglaterra capitalista.

Un indicador del grado de apertura de la economía es la proporción que representa la suma de las importaciones y exportaciones respecto del producto interno bruto. En Chile, su valor promedio en el período 1908-1930 fue del 67,3%. En cambio, en el período 1931-1939 fue de 23,9%; y entre 1940 y 1970 fue de 20,8%¹⁹. Estas cifras dan una idea del cambio que se produce a partir de la Gran Depresión y miden el grado de enclaustramiento de la economía chilena del período. Las fijaciones de precios, el debilitamiento del derecho de propiedad y del principio de la autonomía de la voluntad son algunas otras manifestaciones de esta suerte de regreso de las políticas intervencionistas.

Tal vez, la etapa que se extiende entre la Gran Depresión y la caída del Gobierno de Salvador Allende ilustre la tesis de Hayek en *El Camino de la Servidumbre*. El intento por llevar a cabo una suerte de socialismo democrático en Chile termina por corroer las instituciones democráticas. En todo caso, hacen falta estudios de este período. Está aún por hacerse, por ejemplo, una investigación de aquellas medidas económicas del Gobierno de la Unidad Popular que pueden ser entendidas como parte de una estrategia política, cuyo objetivo era la implantación de la dictadura del proletariados²⁰.

¹⁸ Ver Ahston, T.S.; *The Industrial Revolution*, Oxford: Oxford University Press, 1978.

¹⁹ Cortés, Hernán y otros; Obra citada, pág. 143.

²⁰ Ver Cáceres, Carlos; “La vía chilena a la Economía de Mercado” *Estudios Públicos* N° 6, Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1982, pág. 71-87.

El intervencionismo gubernamental que prima en el período que sigue a la Gran Depresión corrió a parejas con la búsqueda de políticas redistributivas del ingreso. Esto hizo del Estado la llave reguladora de las transferencias de riquezas de unos a otros. La politización, la agitación sindical, la demagogia, la inestabilidad institucional, lo que ha sido llamado “psicosis del latifundio”²¹, las “nacionalizaciones”, y el extremismo se debieron, quizás, a la forma en que la mayoría de los gobernantes asumieron este rol de intermediación.

Este proceso hizo crecer el tamaño y las funciones del Estado lo cual acarreó déficits fiscales y desencadenó luego una inflación crónica que representó un impuesto no consentido y de carácter sumamente regresivo. Buchanan ha analizado recientemente cómo cierto tipo de transferencias redistributivas puede minar la institucionalidad democrática²².

Creo que fue éste un período en que se transformó en dogma la siguiente tesis: que el rico —ya se trate de un individuo o un país— se hace rico a costa de los pobres; que en un régimen de mercado libre lo que gana una de las partes, lo pierde la otra. La generalización de esta convicción es, probablemente, la principal causa de la pobreza y violencia de los países pobres. Esta convicción dificulta, por una parte, la acumulación de capitales y el ahorro, incentivando más bien su fuga al exterior y el consumo lo cual inhibe irremediamente la productividad del trabajo humano. De allí la pobreza. Por otra, disgrega el cuerpo social dividiéndolo en grupos que sienten que sus intereses son irreconciliables. De allí la violencia.

Sería interesante investigar qué ocurrió con el potencial militar chileno durante estos años, en especial, una vez que cesó el interés estratégico alemán en esta zona, vale decir, después de la derrota del Eje.

La historia enseña que, en general, los países capitalistas han tenido gran capacidad militar. Así, por ejemplo bajo el reinado de Felipe II se independizan siete provincias flamencas y es allí, en los países bajos, donde la economía de mercado estaba más desarrollada. En pocos años esos holandeses construían un imperio económico y militar más poderoso que el español. Porque la decadencia del poder de España que expresan los versos de Quevedo —“Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes hoy desmoronados / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía...”— ¿no tiene algo que ver, tal vez, con la ineficiencia de su organización proteccionista y centralizada, que asimiló tarde y a medias los principios liberales?

²¹ Mamalakís, Markos J.; Obra citada, pág. 348.

²² Ver Buchanan, James; “Democracia Limitada o Ilimitada”, *Estudios Públicos* N° 6, Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1982; págs. 37-51.

Y el auge del poderío militar inglés, ¿no se basó, acaso, en dichos principios? Y su decadencia, ¿no tiende a coincidir con la introducción de las políticas reguladoras y planificadores de la postguerra? La Alemania nacional socialista, ¿no fue derrotada, al fin de cuentas, por el poderío económico del capitalismo norteamericano? Y la proverbial independencia militar de Suiza, ¿no está ligada a su tradicional respeto por la propiedad privada y la libertad de contratar, gracias a lo cual se transformó temprano en un lugar al cual fluían naturalmente los ahorros y, por tanto, se desarrollaban los bancos? ¿Serán puramente casuales todas estas correlaciones?

El 12 de febrero de 1809 decía, en Santiago de Chile, don Anselmo de la Cruz: “Este comercio seguido de sus diferentes ramos hizo en su tiempo los más florecientes Estados de la Fenicia, del Egipto, de la Grecia y el Imperio Romano. Aún recordamos con admiración la inmensidad de sus poblaciones, la sabiduría de sus leyes, el esplendor de sus artes, la abundancia de sus tesoros por la fecundidad de su comercio, y en tiempos más modernos, las repúblicas de Italia, la Francia, la Inglaterra, la Holanda, elevaron su poder, el genio y la ilustración bajo los auspicios de un extendido comercio...”²³.

Históricamente no parece haber habido oposición alguna entre capacidad militar y sistema liberal. Al contrario. Y en el caso particular de Chile ha existido entre el punto de vista de la defensa y el de la libertad, la complementación de quienes han nacido aquí espontáneamente para poder realizar el sueño que hizo a Valdivia espolear su caballo mirando al sur. □

²³ Cruz, Anselmo de la; “Memoria sobre la verdadera balanza de comercio”, *Estudios Públicos* N° 7, Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1982.